

peregrino piadoso, y cuando se ve de cerca el hormigueo de sectas disidentes encarnizadas sobre este suelo sagrado como voraces gusanos sobre un fruto maduro, el creyente no puede menos de exclamar: En verdad que el Cristianismo es obra de Dios, y basta para probarlo el prodigio de que la luz del Evangelio haya brotado de este tenebrosísimo Oriente, y que la Unidad moral de la raza humana sea hija de esta patria natural de todas las divisiones, olvidadas momentáneamente ante la cuna del Príncipe de la paz, como veremos al ocuparnos de las fiestas del Nacimiento.

Pero al lado de las tristezas ¡qué hermosas compensaciones se encuentran á cada paso! Y al lado de las sorpresas desagradables ¡cuántas otras gratisimas! Pocas en alto grado como la que produce la vista de Belén y su contraste con muchos sitios de la Judea. La maldición de Dios se cierne sobre ellos de un modo, digámoslo así, visible. Los hombres y las cosas, la naturaleza y los monumentos parecen plegarse bajo el peso de la cólera divina. Un paisaje contorsionado y deforme; rocas agrietadas y estériles; en vez de plantas, cavernas que semejan las fauces desdentadas de monstruos antediluvianos; un aire impregnado de polvo calcáreo como cenizas aventadas; alturas contrahechas que más que el nombre de montañas merecen el de jorobas; hondonadas pedregosas que más que valles debieran llamarse barrancos; campiñas desoladas, sucias, sombrías, repulsivas, tétricas....

¡Qué antítesis con el risueño, con el dulce, con el plácido Belén! En Belén todo sonríe con la sonrisa de la infancia inocente. Diríase que la naturaleza entera ha guardado estereotipadas las inefables sonrisas con que allí debió acoger la Virgen María el nacimiento de su Divino Hijo.

«Belén y su campiña son exactamente iguales á los nacimientos que formaban el regocijo de nuestra infancia, dice un peregrino ilustre. Las mismas frondosas colinas; los mismos graciosos peñascos coronados de musgo siempre verde; los mismos corderillos blancos como la nieve ó negros como el acebache, bajo la custodia de un venerable pastor con peluda zamarra ó de un retozón zagal vestido de vistosos colores; la misma placidez en la naturaleza, la misma tranquilidad en los personajes; la misma frescura y lozanía infantiles en el conjunto.

»El peregrino que peina canas, continúa, refrena involuntariamente el cabello ante aquella fidelísima evocación de los cuadros que embelesaban su niñez, y poseído de honda emoción se pasa la mano por los nublados ojos y le parece ver como un sueño los lugares mismos que adornaba con luces y guirnaldas treinta ó cuarenta años atrás.

Entre aquel viñedo y el bosquecillo de naranjos inmediato colocaba su madre una fila de velitas de color. De aquel peñasco reluciente como una esmeralda, al oscuro olivar que está á su derecha, tendían un rústico puente él y sus hermanos. Por aquel repecho del fondo distribuían los pastorcillos de barro que subían al pesebre á adorar al recién nacido... ¡Y todo es verdad! Hasta la aldea de los pastores que duerme al pie de Belén, con sus casas rústicas y sus hatos pintorescos, hasta los camellos que con acompasada cadencia, con el orgullo de portadores de regios presentes, van subiendo hacia el sagrado portal que los Reyes Magos visitaron.

«¡Oh bendita poesía de la infancia y mil veces bendita poesía de nuestra santa religión!»

¡Belén!... En toda su vida este nombre ha producido en el alma del creyente impresiones de una alegría pura, de un inexplicable encanto. Jamás le ha oído pronunciar, jamás le ha pronunciado sin una especie de agitación. Júzguese cuánto más vivas son las emociones de su alma á medida que se acerca y así que divisa la santa ciudad.

«¡Dentro de pocos momentos mis ojos verán este Belén, cuyo nombre me es encantador! ¡Ellos la verán! ¡Ellos verán este establo que nació el más hermoso de los hijos de los hombres, el Señor del Universo, el Admirable, el Verbo de vida, mi Salvador, donde nació de la más bella y más santa de todas las vírgenes! ¡Ellos verán este pesebre en que descansó envuelto en pañales, este pesebre, única cuna que una tal Madre tuvo para dar á un tal Hijo! Ellos verán el lugar en que advertidos los pastores por la voz de los ángeles vinieron á adorarle, el en que se arrodillaron los Reyes del Oriente guiados por esta estrella milagrosa, para rendir homenaje al Rey de todos los reyes, y el Señor de los que dominan, y ofrecerle sus presentes, y el en que María la incomparable Madre, amamantaba el pequeño Niño, le calentaba contra su seno y le estrechaba en su corazón.»

Así habla á sí mismo el peregrino, y á estos pensamientos que ocupan su imaginación se unen, como se nos ha dicho, los más queridos recuerdos de la infancia, de esta edad en que la lectura de los Libros Santos hacía todas nuestras delicias; en que las tiernas historias de Abel, Isaac, José, y sobre todo el Niño Jesús sin más cama que un puñado de paja y por palacio un establo, conmovían nuestro corazón y hacían saltar lágrimas de nuestros ojos. En que una madre, representante de María por ser cristiana piadosa, mezclando á estas admirables narraciones los sinceros comentarios de su piedad y ternura, procuraba hacer más sensible á nuestros ojos por medio de las estampas y graba-

dos todo lo que nuestra joven inteligencia por sí sola no hubiera podido comprender.

Precedidos de pensamiento tan luminoso como la estrella precedió á los Magos; respirando tanta verdad y contento; engalanándose al parecer la naturaleza, pues la comarca que vamos á abandonar no es muy hermosa, brillando otro sol sobre la ciudad en que apareció la ESTRELLA DE JACOB Y LA LUZ DE CRISTO, descendamos de la cima para acercarnos á ella, exclamando con Santa Paula: *Salve, Belén, casa de pan, en la cual nació el pan que descendió del cielo*; pan de los ángeles, que Dios en su bondad infinita concedió á los hombres; pan de los pobres á quienes se dará en abundancia, conforme predijo el Profeta Rey: «Los pobres comerán y quedarán saciados.»

Ephreta, que en hebreo significa feracidad, fué también el nombre de Belén. Dícese que Abraham, al visitar el lugar, le llamó Beth-Lehem, ó casa del pan. A ochocientos y cuarenta metros sobre el nivel del Mediterráneo, hállase fundada Belén en dos colinas, oriental y occidental, rodeadas por los lados del Norte, del Este y del Sud por agradables y risueños valles. Providencialmente se conserva siendo pueblo de cristianos en aquella tierra musulmana. Su población llega á unas cinco mil almas, y de ellas son católicas la mitad; los griegos cismáticos son en número de mil quinientos; de cuatrocientos los armenios, y los demás mahometanos; judío no hay ninguno. Los campos inmediatos á Belén son los mejor cultivados de la Judea, y ofrecen como alegre memoria de lo que serían las comarcas de Canaán, áridas y tristes hoy día. Explicando la causa de tan notable diferencia dice el P. Damas: «Puede asegurarse que los olivares constituyen en esta tierra casi todos los bienes del árabe, y cuando el odio, siempre fogoso y profundo en aquellos corazones los incite á la venganza, consiste ésta en talar los olivos de la familia odiada. Las represalias, que nunca faltan, agravan el mal, y la tierra va quedando desnuda y el país se convierte en un desierto. Inútil de todo punto sería entablar juicios, en los que no se encontraría quien declarase por temor de un atropello, y de ahí que resignarse fatalmente y perecer, sea de ello inevitable consecuencia siempre y en todas partes donde la fuerza moral no puede suplir á la justicia armada. Ahora bien, en Belén esta fuerza existe; siendo como es cristiano el pueblo y habiendo fulminado los obispos excomunión contra los que talen olivos, gózase en el país de un bienestar relativo.»

En el Ued-el-Kharubeh, especialmente, que se extiende al Norte de la ciudad, crecen higueras, olivos y almendros en medio de frondosas vides. Por medio de groseros muros de cerca son contenidas en las la-

deras las tierras que las lluvias arrastrarían al valle, y en casi todos los cercados que así se forman vése en el centro, unas veces en pie, otras en ruinas, una de aquellas torrecillas que menciona con frecuencia la Biblia; y que servían en otro tiempo, como algunas sirven todavía para proteger el recinto en la época de la cosecha contra los ataques de los ladrones y las acometidas de las fieras, principalmente chacales.

El vino de la comarca, blanco con ligero tinte dorado, goza de muy justa fama; los belenitas fabrican además un anisete muy celebrado, como lo es también la miel que recogen de sus numerosas colmenas.

Los moradores de Belén, que se hallan tan cerca del valle de los Rafaim, de gigantesca altura, no son gigantes, á lo menos por su talla se distinguen de los demás palestinos; y son inteligentes, y de carácter amable y franco. Visten bien; algunos visten traje talar de color encarnado con holgadas mangas, y cubren su cabeza con un turbante blanco; los más usan tan sólo una túnica blanca ceñida por una correa, dejando desnudos brazos y piernas. Las mujeres llevan túnica azul, y velo blanco hasta la cintura; traje cuya sencillez y modestia reconocen cuantos lo observan. Este traje, acompañado del aire noble y reposado de las que le visten, hacen recordar algunas pinturas antiguas de la Madre de Dios. Proverbial es ya la pureza de costumbres de las mujeres belenitas, y gozando de la libertad que se debe á mujeres cristianas, son por todos respetadas.

Los niños católicos de Belén besan la mano á los sacerdotes, llevándola después humildemente sobre su cabeza, como suplicando su bendición. Notemos de paso, y es un detalle de las costumbres de los moradores de aquella ciudad bendita digno de su fe, que cuando en Belén nace un niño, los padres, lo mismo los cristianos que los moros, colócanle, á imitación del buen Jesús, en una cuna de paja, y en ella duerme ocho días consecutivos.

La ciudad, fortificada en otro tiempo, carece hoy de muros; su parte más poblada se halla agrupada en casas pequeñas, pero por lo general limpias y aseadas, en la parte occidental de la colina junto al camino que conduce á Jerusalén. Las calles estrechas y tortuosas, siguen en rápidas cuestas las ondulaciones del cerro. No hay en la ciudad mezquita ni alminar alguno.

Entre los belenitas se cuentan *fellahs* quienes se dedican á la agricultura; otros se entregan á la vida pastoril y llevan á pacer el ganado por los mismos valles y los mismos montes por los que guiaba David los de su padre Isai y fueron testigos de sus primeras hazañas contra las fieras; los demás, y son en gran número, además del cuidado

del campo, del ganado y de las colmenas, se dedican á la piadosa industria de fabricar rosarios, así de nácar como de huesos de aceitunas ó dátiles, cruces, medallones en que graban asuntos religiosos, copas de asfalto, y otros variados objetos sobre todo de piedad que los peregrinos llévanse á la patria como preciosos recuerdos de su visita á aquellos santos lugares.

Todo ello, la tierra cultivada, el buen porte de la gente, su aire expansivo y contento forman bello conjunto que causa en el viajero, ora venga de los desolados desiertos y de la agreste Idumea, ora de la sombría Jerusalén, impresión gratísima.

Oigamos á un inglés cómo cuenta su viaje á Belén: «Acercábase, escribe, el día de la natividad y el reverendo padre Guardián del Santo Sepulcro se había trasladado á Belén, con la mayor parte de la comunidad, para celebrar tan grandioso día allí mismo donde quiso nacer el Hijo de Dios.

»Invitado á tomar parte en su felicidad partí el veintitrés de diciembre á las tres de la tarde acompañado de un dragomán y de un genizarro. Monté un hermoso caballo árabe que era sobremanera brioso, pero á pesar de esto no le moví del paso por no perder con una marcha sobrada rápida el placer de observar lo que los lugares ofrecían de más interesante para mi alma y para mi corazón. ¡Oh! más distintas eran mis sensaciones de las que experimenté al dirigirme á Jerusalén! Acercábame entonces á una ciudad de maldición donde todo recuerda los horribles tormentos y la muerte ignominiosa del Salvador; entonces mi alma afligida no veía más que lugares salpicados con sangre de la augusta víctima ó instrumentos de su doloroso suplicio: un pretorio, un calvario, una corona de espinas, los azotes, los clavos y una cruz! Parecíame todavía ver y oír á un populacho desenfrenado, pidiendo á gritos ¡sangre! ¡sangre! y á unos feroces verdugos encarnizados en el derramamiento de sangre... ¡y qué sangre, gran Dios!

»¡Pero Belén! desde mis tiernos años ese nombre había producido en mí las impresiones del más puro gozo y de un encanto inesplicable; jamás había oído pronunciarle y jamás le pronuncié yo mismo sin una especie de estremecimiento. Juzgad, pues, cuán vivas y deliciosas debían ser las emociones de mi alma á medida que me acercaba!

»El camino de Jerusalén á Belén, si bien que menos malo que el de Ramla á Jerusalén, es sin embargo desigual y sólo de trecho en trecho se encuentran algunos campos cultivados: el olivo es el único árbol que se descubre, y aun es raro.

»A una media legua y á la derecha, mi guía me señaló la llanura